

**CUADERNILLO
DE POESIA
COLOMBIANA**

RAFAEL NUÑEZ

**EDICIONES DE
UNIVERSIDAD
PONTIFICIA
BOLIVARIANA**

No. 56

RAFAEL NUÑEZ, POETA

Por Fernando de la Vega

La figura del doctor Rafael Núñez es asaz interesante y en extremo compleja. Mucha historia nacional encierra la historia de su vida; a muchos acontecimientos notables en un período de más de treinta años va unido su nombre glorioso; pero todo ese fausto, toda esta pompa con que ha salvado los umbrales de la eternidad el jefe de la Regeneración de Colombia, se deben especialmente al político y al estadista. Otras facetas de su espíritu genial han quedado oscurecidas, si no ocultas, por los fulgores que arrojan sus raras dotes de caudillo y conductor de pueblos.

Si la crítica avizora y serena le señala el punto más culminante entre cuantos estadistas mencionan los anales colombianos, y si nadie trata de arrebatarle la primicia en ese campo, distinguido y por demás honroso es el sitio que le corresponde como asiduo y entusiasta devoto de las musas. No es frecuente hallar juntas en un hombre cualidades tan distintas, y a veces contrarias. Imaginación brillante, sentimiento acendrado, inteligencia vasta e insaciable: de tal manera se destaca Núñez a nuestra vista.

Por el carácter de su poesía, por el sabor extraño de sus versos, constituye un caso original en las letras colombianas. A tiempo que muchos literatos nuestros de mediados del siglo sufren el influjo romántico, no directo del español, sino a través de los franceses de la escuela, Núñez se mantiene libre de él; y no podrá saberse a qué atribuir tal anomalía; si a su condición reflexiva y analizadora, más acorde con el temperamento de otras razas, o a la lectura temprana de los autores del Norte.

Pagó, como casi todos los artistas, su obligado tributo a la época en que viviera; época enferma, de vacilación ante el problema de lo infinito, de hastío y desencanto. En este sentido, recogió el eco de una aguda crisis de la humanidad, y vino a expresar sentimientos comunes, flotantes en el atmósfera. De esa crisis era él un símbolo acabado, porque padeció Núñez los más terribles dolores que suelen conmover el ánimo, los del instante en que las enseñanzas bebidas de labios maternos, las creencias inculcadas en el seno de la familia, se desvanecen al sople audaz y avasallador del análisis. Quiere Núñez gastar el licor de todas las ideas, satisfacer su entendimiento ávido de verdad, y encuentra por vana solución el polvillo amargo que se adhiere al fondo de las copas.

La versificación de Núñez es a trechos dura, incorrecta, inarmónica; en ocasiones se diría que la forma no resiste el vigor de las ideas, y acaba por romperse. Es un molde blando que se quiebra al peso del material que lo llena. No hay que buscar en sus estrofas pureza esmerada ni exhuberancia deslumbradora; la sobriedad enérgica, sentenciosa, es la nota característica suya. Y por cima de todo, tuvo el dón, a pocos concedido, de grabar en frase viva, pintoresca, pensamientos finos y originales que han circulado con envidiable fortuna, y que comunican aún al ánimo extrañas vibraciones y conmueven y fecundan el espíritu, interesándolo siempre.



AL TEQUENDAMA

Al fin a tu umbral llego, sublime Tequendama,
templo que entre el abismo y el cielo puso Dios;
torrente para el vulgo, para el que siente llama,
para el que escucha voz.

Pero ante todo templo que la emoción despierta,
que obliga en grandes cosas el alma a meditar,
que hasta del egoísta en la mirada yerta
la vida hace brillar.

Como flotante friso, el mosaico divino
del vaporoso iris circula en torno de él,
y el púrpura, el granito y el cuarzo cristalino
le sirven de escabel.

La luna y las estrellas lo alumbran por la noche,
su antorcha matutina es el risueño albor,
y en la hora meridiana, del sol el ígneo coche
le da su resplandor.

Sobre su excelsa cúspide jamás pudo un viviente
posar un solo instante la huella de su pie:
—ni pájaro, ni hombre— sólo la osada mente
hasta esa altura fue.

Recinto es este sitio de altas lecciones lleno:
mil veces desgraciado aquél que no las vió,
aquél que agua rodando al són de vago trueno
en él sólo buscó!

Los opresores hallan aquí que es peligroso
cortar al pensamiento su curso natural,
al ver que en torbellino desbórdase furioso
el plácido raudal.

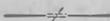
Ni ojivas, ni columnas aquí fabricó el arte,
ni campanario agudo con cruz encima alzó;
la arquitectura un nombre ¡oh templo! quiso darte,
mas nunca lo encontró.

Pagano sacerdote no turba tu santuario
con himnos a victoria que sangre hizo correr,
porque el raudal, la piedra y el bosque centenario
de vida hablan doquier.

Con mentirosa ofrenda el hombre a ti no llega,
ni sus labios pronuncian hipócrita oración,
sino que toda su alma extática le entrega
a Dios en oblación.

De este templo los ídolos no tienen forma humana,
porque son lo Infinito, lo Inmenso, lo Inmortal,
cuyo contorno en vano por delinear se afana
la ciencia terrenal.

¡Venid! Veréis el mundo cuánto de aquí se aleja.
Dejad sus falsas voces por esta augusta voz,
y sus profanos sitios por éste que refleja
en su grandeza simple la majestad de Dios!



A MI MADRE

Yo quiero consagrarte una memoria
—¿Y a quién mejor que a ti?—
En este libro donde está la historia
de mis placeres ¡ay! y de mis lágrimas,
de todo cuanto dejo tras de mí!

En ese mar tan lleno de emociones
que llaman juventud,
entre sus nieblas, rocas y turbiones,
yo alcancé a descubrir tu faz profética
mostrándome el deber y la virtud.

Cual en nombre de Dios paloma ungida
a Noé señaló
el verde ramo, símbolo de vida,
así también de mis tinieblas horribidas
el término tu imagen me anunció.

El negro caos do la fe naugraga,
que hunde en la noche al sér,
se evaporó ante mí cual sombra vaga,
y desde entonces comprendió mi espíritu
que amar no es otra cosa que creer.

Más tarde... cuando el soplo del destino
de tu hogar me lanzó,

cuando tuve que andar otro camino
donde no estabas tú, mi ángel benéfico,
mi planta nuevamente vaciló.

Y el viento sepulcral de las pasiones,
semejante al simún,
rehizo los disueltos nubarrones;
y la luz meridiana fue crepúsculo,
y así ha quedado y se conserva aún.

Alejado de ti mi alma se agita
cual nave sin timón,
como la flor sujeta, aunque marchita,
del oscilante y combatido vástago
que brotó junto al mar roto peñón.

Necesario es reunirnos: la existencia
sin el amor ¿do está?...
pero, como el amor es la creencia,
de tu asilo apacible busco el ámbito,
porque sin ti mi pecho no creerá.

Quiero volver a mis pasados días
de calma. Yo bien sé
que es difícil hallar las alegrías
que en las alas del tiempo huyeron rápidas;
pero a tu lado, sí, las hallaré!

Quiero, sentado junto a ti, al reflejo
de la luz del hogar,
contarte cuánto sufro cuando dejo,
por el ruido del mundo, el rumor plácido
de esa morada, de mi dicha altar.

Quiero abrirte mi pecho desolado:
en él encontrarás
un corazón transido y desgarrado,
de las dudas flotando ¡ay! en el piélago,
pero que tú a la orilla sacarás.

Quiero abrirte mi pecho cual si fuera
un libro, y que al leer
lo mucho que de ti mi vida espera,
comprendas ¡ay! que dejo en estas páginas
aun más que una canción: todo mi ser!

DESPEDIDA DE LA PATRIA

Vuelas ¡oh nave! vuelas; y ya pierdo
de vista el suelo hermoso do nací:
del horizonte oculto entre los velos
pronto ha de estar, y yo no estaré allí!

Tus ruedas giran sin cesar; los nublos
del potente motor en espiral
se alzan al cielo, negros o cerúleos,
y ronco muge en tu contorno el mar.

Y avanzas siempre; y todos himno entonan
al invento de Fulton; sólo yo
triste suspiro cuando todos gozan
comprendiendo el prodigio ya en acción.

Sólo yo lloro, porque nadie deja
en esas ya distantes costas ¡ay!
del corazón las dos más dulces épocas:
infancia y juventud, y el patrio hogar.

Sólo yo lloro; porque en esa playa
que apenas se percibe en sombra azul,
sólo yo dejo el alma de mi alma,
la que después de Dios me dió la luz.

Sólo yo lloro; porque nadie pierde
en esa lontananza que humo es ya
el solo beso que en su miel no tiene
oculto alcíbar, genitor de mal.

Sólo yo lloro, porque allí hay un templo
donde en sagrada urna ¡oh padre! estás,
vuelto ceniza tu esforzado pecho,
disuelta acaso tu atractiva faz.

Más desapareces ya, tierra querida!
Te busco en vano... El horizonte ¡ay!
Se desenvuelve sólo ante mi vista,
como la conjunción de cielo y mar.

En vano te contemplo, no hay un punto
en esa curva inmensa do te hallar;
ni aún nubes miro que en extraños grupos
pudieran mis sentidos engañar.

Y yo aceptara hasta el engaño ahora
para enviarte mi postrer adiós;
y saludara esa mentida óptica
por verdad aceptando la ilusión.

Esto es hecho! Ya el aire que respiro
del tuyo ¡oh Patria! no me da el olor,
aquel perfume saludable y tibio
que, si no cura, aduerme la aflicción,

Llega la noche: todos se abandonan
del sueño en brazos, mientras velo yo,
fija la vista en la celeste bóveda,
fuerzas pidiendo en este trance a Dios.

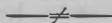
Y del éxtasis en alas remontado
a oceano de inmensa claridad,
me pregunto: ¿después de años tras años,
el hombre esa región no escalará?

¿No habrá un moderno Gioja que descubra,
para llegar a do se asienta el sol,
algo cual esa portentosa aguja
que trajo hasta la América a Colón?

Pero ¡ay! mi pensamiento no se olvida,
ni al contemplarte, alcázar celestial,
de esa costa que pierdo ya de vista
y que tal vez no volveré a pisar!

Esto es hecho! ¡Oh dolor! Mi numen sólo
te encuentra y mira, suelo de mi amor!
con ese incomprensible telescopio
sólo he de ver, de hoy más, tu resplandor.

Esto es hecho, no hay duda! Cielo y ondas,
hé aquí lo que distingo en derredor:
éstas, indiferentes al que llora...
fuerza y resignación me brinda Dios!



MOISES

Símbolo fiel del proceloso tránsito
que lleva del error a la verdad,

vedlo emprender su marcha en el desierto,
inspirado piloto, más que experto,
Colón de una terrestre inmensidad!

Como en torno al panal la abeja gira,
cual corre la ola en ciega dirección,
cual Sirio alumbra, aun más que el sol ardiente,
así, a veces, un hombre en su alma siente
impulso de gloriosa vocación.

Organo inmenso de infinitas notas,
la humanidad camina a un solo fin.
¿Quién la empuja? El que mece las espigas,
el que arte da al castor y las hormigas,
vuelo a las aves, hálito al jazmín.

¿Quién hizo el telescopio? — ¿Galileo?
¿De la brújula Gójoja fue el autor?
¿Quién Nínive fundó? — ¿Fue Nino acaso?
La obra se muestra, mas se oculta el brazo,
cual se oye el grito y no se ve el dolor.

Cicerón no produjo su elocuencia;
que nunca el arte esa altitud, tendrá.
Si de Guido al pincel brilla la aurora,
si de Fidias al tacto el mármol llora,
¿Quién, sino Dios, ese portento hará?

Del imberbe Alejandro ¿pudo el brazo
de Asia grandiosa la conquista hacer?
De Octavio débil ¿cómo surge Augusto,
que vence a todos, se proclama el justo,
desarma a Roma y la hace florecer?

Chispa de Morse es chispa de los cielos;
arpa de Dante ¿quién te pulsará?
El alfabeto es invención suprema;
sin principio ni fin, divino emblema,
el número a los hombres Dios lo da.

¡Oh sí! el factor terrestre de lo grande
refleja nada más la excelsa luz.
Fuerza celeste el numen que nos mueve,
la carne humilde en ángel torna en breve,
¡Y aun la hace Dios, suspensa de la Cruz!

De un pueblo conductor, no como Atila,
sediento de botín y destrucción,
tú, Moisés, sin corona y sin espada,

de libertad a la emoción sagrada,
quebrantaste el poder de Faraón.

Puñal de Bruto no emancipa un pueblo;
porque el tirano de los pueblos es
la triste noche que en su vida interna
forma la ausencia de la aurora eterna,
no el que cautiva sus mundanos pies.

Valor común no expresa el heroísmo:
lo tiene el tigre, Boves lo mostró.
Valor moral, abnegación, ejemplo,
lo que hace al hombre de sí mismo templo,
tal fue la savia que a Moisés creó.

¡Vedlo! ¡Vedlo! — Los mismos que redime
contra él murmuran, débiles de fe.
No hay flaqueza mayor que la ignorancia;
la dicha el hombre ardientemente ansia,
pero no siempre el derrotero ve.

El despotismo es además ponzoña
que al hombre quita su virtud mejor,
que es la conciencia de su real destino,
de ser en este mundo un peregrino,
cuya fuerza motriz es el dolor.

Al ungido de Dios es a quien toca
aliento dar al vacilante pie,
y afirmar las inciertas convicciones,
del porvenir midiendo las regiones
con el compás que marca lo que fue.

Pasión del bien es fuerza irresistible,
como atracción de misterioso imán;
dogal y llamas la verdad desprecia,
y de lo bello el sentimiento en Grecia
las mismas ruinas proclamando están.

Mártir San Pablo, sus palabras quedan,
enseñando la fe por el amor:
quiso ahogarlas en humo Torquemada;
mas no vence a la luz la llamarada,
y antes bien la corona con su horror.

Corinto cae, y el Apóstol se alza
en pirámide eterna de verdad,
de la duda en la vasta región yerta,

y, aun en silencio, da al viajero alerta,
cual de un faro la muda claridad.

De la patria anhelada sólo viste,
¡Oh Moisés! el contorno, el denso tul,
semejante al sinuoso lineamiento
que el nauta, de reposo ya sediento,
a ver alcanza en el confín azul.

En la cumbre del Nebo halló ese signo
del término feliz de su misión;
bajó las gradas del austero monte,
y mostrando a su pueblo el horizonte,
le dijo: *¡Fueste esclavo; eres nación!*

Después murió!... Del triunfo las angustias
su corazón no tuvo que sufrir:
la ingratitud, más dura que el suplicio,
el laurel, más punzante que el cilicio,
no pudieron su sueño interrumpir.

Dios lo premió con la mejor presea,
del ideal la casta juventud,
librándolo del trance indescriptible
en que al sentir la realidad terrible
vacila algunas veces la virtud.

Su obra moral fue grande, fue completa:
las tablas de la ley del Sinaí.
—La fuente eterna del derecho humano,
que en cada hombre nos dará un hermano,
entre truenos y luz brotó de allí.

V E S P E R O

Al cabo de los años,
al cabo de la vida,
hallamos provechosos desengaños
que prolongan la senda recorrida.

El matutino prisma,
paleta de los cielos,
que al mayor numen del pincel abisma,
por ser inaccesible a sus anhelos,

Revive menos gayo,
pero más misterioso
en la tarde, del sol en el desmayo,
que despierta al instinto religioso.

De los ecos es la hora,
la hora de los arrullos,
en que el cosmos amante canta o llora
y se inclinan los tallos y capullos.

La hora de los alados
espíritus divinos,
nunca vistos, mas siempre imaginados,
cuando flotan los nublos vespertinos.

Y se confunde todo
en nada tenebrosa:
el noble mármol y el abyecto lodo,
el regio alcázar y la humilde choza.

Mas si la noche oscura
forma exterior devora,
alza en el corazón sagrada altura
donde todo lo vano se evapora.

En la tarde del alma
así el fanal decae
de la estrecha razón, y fértil calma
el expirante brillo al pecho trae.

Y vuelve la ignorancia
de la dulce inocencia,
al llegar de lo ignoto la fragancia
que presagia inmortal adolescencia.

El abrojo punzante
del andado camino
se transforma en retoño rozagante,
y cada queja en amoroso trino.

Cual pétalo agostado
renace en la semilla
donde sabio ninguno lo ha encontrado,
por ser ella tan párvula y sencilla,

La plástica figura
por el tiempo vencida
se torna en algo donde Dios murmura,
y se apresta también a mejor vida.

La plástica fermenta
y en limo se convierte
que brota flores cuando mayo alienta,
y alza dosel donde abatió la muerte.

El íntimo misterio,
raíz de la conciencia,
ensancha entonces su invisible imperio,
pues vibra en él la universal cadencia.

Y aun antes de la tumba
se obtiene la victoria,
si el alma fuerte el pedestal derrumba
donde el ídolo está de falsa gloria.

¡Oh! la verdad se oculta
al silogismo osado,
que con su audacia lo sublime insulta,
y se queda en su nada aprisionado.

Serán los ojos ciegos,
si en el mundo no miran
que son los sabios con frecuencia legos
y ven mayor verdad los que deliran.

La razón, de las cosas
la longitud no alcanza;
pero hay dentro del alma misteriosas
corrientes de infinita lontananza.

El eclipse, la sombra,
sobrecogen al mundo,
que hay algo que se siente y no se nombra
en la vaga expresión de lo profundo.

Ignara Pitonisa,
la humanidad no acierta
a comprender que Dios la martiriza
para que viva a su misión despierta.

Es triunfo cada pena,
cada placer derrota,
pues cuando su clepsidra el dolor llena
de fuerza nueva al penitente dota.

Pero la noche avanza,
y todo en paz dormita:
la onda, el follaje, el canto... La esperanza
sola, en voz baja, su oración recita.

E P I C T E T O

Tú entrevistaste lo cierto, adivinaste
algo del gran misterio,
y libre, y aun dichoso, respiraste
sumido en cautiverio.

¡Cómo el mundo tendría
de los que tiene aspectos diferentes,
si todos comprendiéramos un día
lo que nos puede hacer omnipotentes!

Que nada el oro alcanza
que duradero sea,
que pesa más de Dios en la balanza
que cien imperios una justa idea!

Exploraste el vacío
de la vida exterior vertiginosa
en que bueno e impío
luchan con suerte varia y caprichosa;

Y descubriste en tu interior oscuro
el camino que lleva a la victoria,
camino cierto, rápido, seguro,
mejor que el de la gloria.

Sí, la virtud es arca
contra toda tormenta:
ante ella inclina su fealdad la Parca
y aun sonríe su boca macilenta.

A su ley se quebrantan los cerros,
las tinieblas se aclaran,
florece los abrojos,
y a los fuertes los débiles amparan.

Todo es perecedero,
y todo deficiente:
sombra cerca al lucero;
muestra sirtes el lago transparente.

A la acción la reacción sigue implacable,
el cansancio a la fiesta,
el ósculo adorable
neurosis causa o ebriedad funesta.

Todo se desvanace
de lo real al contacto,
suicida el goce material perece
de su existencia en el pristino acto.

Refúgiate en ti mismo
¡Hombre! como Epicteto,
apartando lo externo que es abismo,
y opón al mal inexorable veto...

Mas no, porque Jesús llega más tarde,
y en dulce caridad el orbe inunda;
fue del estoico la virtud alarde,
virtud sin caridad es infecunda.

Cada hombre es una parte
de la eterna unidad que en Dios reside,
y no hay ciencia, ni ley, fuerza, ni arte,
que impunemente esa verdad olvide.

PRESENTIMIENTO

Cuando la tierra triste recorría
con el alma vacía,
en la bóveda azul miré una estrella,
y al contemplarla, comprendí que en ella
algo de mi destino se escondía.

En la mañana, al despertar, las flores,
entre vagos rumores,
sus aromas enviaron a mi lecho,
y al llegar, hubo una que en mi pecho
la serpiente adormió de los dolores.

Mil aves en el viento vi volando,
y ansioso suspirando
mi corazón oyó de ellas el trino,
porque un canto escuchó, dulce, divino,
que para siempre en él quedó vibrando.

A veces cuando en sueños me agitaba,
mi lecho visitaba
aparición angélica y tranquila,
y el sereno fulgor de su pupila
un mundo de esperanzas me alumbraba.

En racimos bebí gota tras gota
de ese jugo que brota
la vid lozana, y saboreando una,
más grata la encontré que otra ninguna,
y en mi mente jamás ella se agota.

Todo esto que encontraba en mi quebranto,
nuncio de tu amor santo
y ardiente fue para mi vida triste;
y aun antes que te hallara, tú pudiste,
¡Dulce mujer! dar treguas a mi llanto.

R I M A S

- I -

En todo hay armonía:
sigue la noche al día,
la noche engendra albor,
el vino ardiente calma;
el éxtasis del alma
es dicha en el dolor.

Después de la tormenta,
el iris ornamenta
del cielo el vasto tul;
del fiemo la flor brota,
del llanto es cada gota
una mirada azul.

- II -

Como cada peldaño
de un monte, es de la vida cada año;
y, al ascender el monte,
cambia incensantemente el horizonte.

Más allá de la cuna
no alcanza el niño a ver cosa ninguna;
el joven ve su amada,
y lejos de ella nada, o casi nada.

El hombre ve la gloria
y aspira a conquistar bronce en la historia.
Después... de su destino
final, se inunda en el fulgor divino.

EN UN ALBUM

Deseo que limpio, así como esta hoja
siempre tu corazón viva en el bien;
y que el recuerdo que la faz sonroja,
tras viento aciago que la flor deshoja,
jamás alcance a torturar tu sien.

Más que la estrella el fuego fatuo brilla
para la humana, ilusa comprensión;
el faro, a veces, a la luna humilla;
pero tanta aparente maravilla
sucumbe a un sople leve de aquilón.

Surco invisible deja el ave errante,
cuando clima mejor vuela a buscar;
tampoco el alma en su ascensión amante
señales deja de su luz flotante
que pueda la visión luego apreciar.

De la savia, el que siembra, nunca llega
la labor misteriosa a comprender:
la flor admira, el fruto después siega;
mas natura su arcano no le entrega,
y en su efecto no más se deja ver.

También la abnegación y el sacrificio,
que la divina mies hacen surgir,
bajo sayal esconden su cilicio;
pero a la vez eterno beneficio
de gloria y paz recogen al morir.

La inocencia es aurora y poderío,
como es la culpa sombra y postración;
cerca del mar es ya salobre el río,
y así siempre es fatal todo desvío
y en sí halla la virtud su galardón.

